

DOS GRANDES MODELOS DE RELIGIONES EN EL MUNDO

¿Se puede llegar a un encuentro fecundo del cristianismo con las grandes tradiciones religiosas de la India? El autor del presente artículo, consciente del privilegio y, a la vez, de la dificultad de vivir la fe cristiana en el contexto de las tradiciones religiosas de la India, se esfuerza por encontrar un modelo capaz de hermanar su fe cristiana con las tradiciones religiosas de su país. El artículo, publicado primero en la colección «La religión en los albores del siglo XX» por el Forum Deusto, responde a una conferencia pronunciada por el autor en la Universidad de Deusto (Bilbao).

El reto de Asia para el cristianismo. ¿Es la mentalidad de las grandes religiones orientales irreconciliable con el cristianismo?, Vida Nueva nº 1.947 (1994) 34-39.

Para clarificar la diferencia entre dos grupos de religiones en el mundo voy a recurrir a una presentación gráfica. Se trata de dos modelos de religión que llamaría triangular y circular.

El modelo triangular

En este modelo los tres lados del triángulo están formados por un *credo*, un *código* y un *culto*, o sea un conjunto de doctrinas, un conjunto de leyes y un conjunto de ritos. En medio, como vínculo de unión, se halla un *Libro Sagrado*, que sirve de inspiración y piedra de toque, y que se venera como



la palabra de Dios que habla desde fuera por medio de los profetas.

El *Judaísmo*, el *Cristianismo* y el *Islam* se ajustan a este modelo.

El triángulo es cerrado, metido en sí mismo. Hace pensar en el desierto donde nacieron las religiones semíticas: un lugar árido, lleno de amenazas que necesitan medio de defensa.

Cuando el *Cristianismo* se separó del *Judaísmo*, también dejó en gran parte, pero no del todo, el peso de la tradición mosaica y respiró un aire más ameno y libre. Se podía prever que poco a poco renunciaría del todo a la mentalidad judía. Pero luego, al pasar a Europa, su estructura triangular se afianzó con tres elementos constitutivos de la cultura occidental:

1. El *genio filosófico griego* complicó las fórmulas doctrinales,

que difícilmente se entienden en otro ambiente intelectual.

2. El *legalismo romano* (derecho romano) interpretó la autoridad eclesiástica como un sistema de jurisdicción que domina y envuelve toda la vida de la Iglesia.

3. Los *pueblos del Norte*, que invadieron el continente, cargaron la liturgia con una religiosidad popular que, a veces, apenas se distinguía de la superstición. Además, generaron una nueva situación política, en la cual la autoridad eclesiástica adquirió el poder y el estilo de un gobierno civil, perjudicando así al espíritu evangélico.

Más tarde surgió el reto del *Islam*. No hace falta insistir en que este hecho ha marcado la mentalidad cristiana con un rasgo de intransigencia, que se muestra sobre todo en las guerras religiosas.

El Islam y el Cristianismo ocuparon, entre ambas, casi todo el mundo donde no existía más que un culto a la naturaleza y a dioses tribales. Pero, a pesar de su agresividad, apenas han tocado las grandes religiones orientales.

Finalmente, el Islam fue expulsado de Europa, pero se apoderó del Asia Occidental y del norte de África.

El Cristianismo quedó acorralado y aislado, y, sin posibilidad de contactos externos positivos, perdió la capacidad misma de dialogar, de mirarse a sí mismo desde fuera, a fin de llegar a una idea más dinámica y flexible de su identidad.

Y, así, cuando en el alba de la *edad moderna*, se manifestaron nuevas actitudes y situaciones en

el interior de Europa, el Cristianismo sufrió una nueva crisis. La Iglesia Católica la resolvió rechazando todo cambio, corrigiendo varios abusos, pero manteniéndose igual a como era antes.

Después del *Concilio de Trento*, se aceptaron ciertos cambios inevitables, pero bajo un control rígido y centralizado.

Cuando los *jesuitas* consiguieron establecer relaciones cordiales con las grandes religiones orientales e intentaron hacerse entender mejor por las culturas de la India y de China, sus iniciativas fueron condenadas.

El *Vaticano II* introdujo grandes cambios y también la posibilidad de cambios ulteriores en atención a la diversidad de culturas, pero el sistema de control continúa.

A primera vista, el cambio controlado parece un modo óptimo de salvaguardar la identidad mientras se acomoda al progreso, cada vez más rápido, del mundo. Pero, en realidad, hace daño a la identidad. Me explico: el cambio controlado vale sólo para un ser sin vida: un edificio o una máquina se pueden cambiar según una decisión, externa a ellos, bien pensada. Un ser vivo, al contrario, cambia según un principio interno, no por una imposición externa. Un niño crece por sí mismo, en razón al dinamismo de su naturaleza, sin perder su identidad. No necesita permiso de sus papás. Éstos pueden y deben vigilar, ayudar de alguna manera, pero no disponen de control.

Con mucha razón, los ensayos de la ciencia médica en orden a

manipular los procesos vitales humanos han producido fuertes reacciones a todos los niveles, con la autoridad eclesiástica a la vanguardia.

Ahora bien, si la Iglesia es un cuerpo vivo, el cuerpo de Cristo Resucitado, entonces crece y se acomoda a varios ambientes por un dinamismo interno, que viene del Espíritu Santo. A la autoridad eclesiástica toca velar, dirigir. Pero un control absoluto, apoyado por un poder de jurisdicción, crea la impresión de que la Iglesia no es más que una institución bien organizada, pero como si no tuviera vida. Entonces, ya no parece extraño lo que de suyo es increíble: que en la base de todo haya un Estado civil con las estructuras correspondientes de servicios diplomáticos, burocráticos y técnicos.

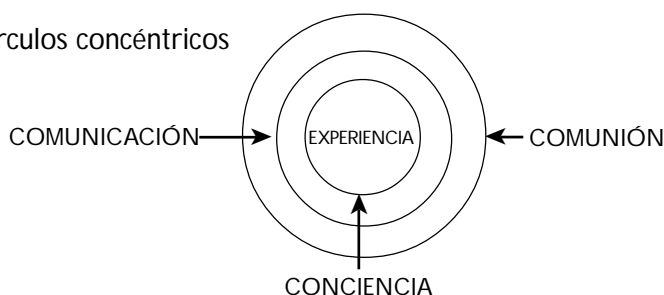
menos comprometida.

La *experiencia* es trascendental, no empírica. Es decir, no se realiza a nivel de los sentidos que alcanzan el mundo externo, sino que va más allá, a través de una percepción o intuición más elevada que la inteligencia, hacia un principio fundamental que podría ser Dios, reconocido como tal, o algo más abstracto.

Ninguna experiencia, de por sí, puede ser comunicada, ya que es algo único e íntimo. Pero sí que es posible invitar, inducir a una participación, a una conciencia igual. El modo de hacerlo, de transmitir el mensaje, varía. Pero lo importante es la experiencia, que ocupa aquí el lugar del Libro Sagrado en el otro modelo. Existen varios grados de comunión,

El modelo circular

Círculos concéntricos



En el interior, como núcleo, hay una *conciencia profunda* que brota de una *experiencia* y transforma a la persona. Luego, la persona, así transformada, quiere, o es llevada a comunicar a otros lo que le ha pasado a ella. Si su mensaje logra atraer seguidores, resulta una comunión de espíritus, más o menos estructurada, de gente más o

siempre con estructuras flexibles y una identidad no excesivamente marcada.

Este modelo se verifica en las *religiones orientales*. Aunque son muy distintas entre sí, todas ellas se ajustan al modelo circular. Son las siguientes:

Hinduismo: La experiencia fundamental es de unión íntima con

el Ser Absoluto, con Dios.

Budismo: Parte de una conciencia del vacío de la vida humana, de modo que uno se despegue de ella y de todas sus penas, sin buscar nada más allá. Se prescindir de Dios, aunque no se niega su existencia.

Confucianismo: Hay un profundo sentido del orden establecido por un Ser divino y de la necesidad de afirmar ese orden en el trato social, cultivando la virtud en el comportamiento personal.

Esas religiones han convivido pacíficamente, con encuentros amistosos y un mutuo influjo, sin los excesos de violencia que manchan los anales del otro grupo. Llama la atención que han mantenido su identidad y vigor mucho más tiempo que el Cristianismo, y que han superado toda suerte de crisis, sin ninguno de los medios de seguridad que nosotros consideramos indispensables. Se podría decir que las religiones orientales son, más bien, grandes tradiciones espirituales, colocadas en el centro de grandes culturas.

El *Cristianismo* tiene también bellísimas *tradiciones espirituales* —también el Islam—, pero bajo un enorme peso institucional. O, cambiando de metáfora: hay que pagar muy caro para gozar de ellas, mientras que en Asia la puerta está siempre abierta y el ingreso es gratuito. Ésta es la razón por la que tanta gente, de todas las edades y clases sociales, viene de Occidente a Oriente, hambrienta de algo que no se halla en su tierra.

Cierto que hay riesgos en ha-

cer de la experiencia el último criterio en materia de religión. Pero los males posibles no se evitan con sistemas represivos.

¿Hay lugar para este modelo en el Cristianismo? ¿Es el Cristianismo irreconciliable con la mentalidad implícita en este modelo?

¿Visiones reconciliables?

1. *Jesús.* Leyendo los Evangelios, vemos que la vida y obra de Jesús cuadran perfectamente en ese modelo, y que su misión sigue exactamente el proceso de *experiencia-comunicación-comunión*.

El relato original empieza con su bautismo y la profunda experiencia de ser el hijo predilecto de Dios. Luego, con una convicción irresistible, habla a la gente de un Padre lleno de cariño para todos. Muchos acogen el mensaje encantados, porque «enseña con autoridad», y no como los letrados. Algunos le acompañan con entusiasmo, y él mismo llama a un grupo escogido a un trato más íntimo. Pronto se ve cierta estructura, con diversos encargos, pero con una gran flexibilidad y apertura hacia afuera.

Una lectura atenta muestra que hay mucho en los hechos y dichos de Jesús en favor del modelo circular, y no poco contra el modelo triangular, en el cual los fariseos se hallan encerrados.

Todo se resume en las palabras a la samaritana: «Llega la hora, ya ha llegado, en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre en espíritu y de verdad» (Jn 4,23). Según esto, ¿es el cristianismo una espiritualidad más que

una religión? Puede sonar extraño, pero no hay nada nuevo en esto. Ya se decía hace tiempo que lo que Jesús proponía no era un sistema ni de dogmas ni de leyes ni de ritos, sino una actitud fundamental de entrega total en manos de Dios y de disponibilidad total al servicio del prójimo. Esto es espiritualidad en el sentido más auténtico de la palabra: la vida en el espíritu.

2. *¿Qué es el espíritu?* Es el elemento más importante de nuestro ser, el verdadero YO, o la persona.

S. Pablo habla de todo nuestro ser: *espíritu-alma-cuerpo* (1 Te 5,23). No cabe duda que espíritu es algo más que alma y cuerpo, los dos componentes del animal racional, al cual el hombre es reducido por la definición de la filosofía griega admitida en la teología escolástica.

Espíritu es nuestra dimensión trascendente, que nos distingue del resto de la Creación, brindándonos una misteriosa afinidad con el Espíritu divino: «El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios», nos dice S. Pablo (Rm 8, 16). «Y donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2Co 3, 17). La verdadera libertad se halla a nivel del espíritu. En este sentido el animal racional, como tal, no es libre, queda dentro de los límites de la naturaleza y subsiste por un proceso de *adquisición* de elementos naturales: comida y bebida, ideas y técnicas. En cambio, la dinámica propia del espíritu es *salir de sí mismo*, siguiendo la bella frase tan querida

de dos grandes maestros espirituales, S. Ignacio de Loyola y S. Juan de la Cruz.

La espiritualidad, o la vida espiritual, es *salir hacia Dios y hacia los demás*, sobre todo hacia los más necesitados. Por todas estas razones, la espiritualidad es anterior y superior a la religión.

3. *¿Qué es la religión.* De suyo, la religión debe ser el marco o la estructura social que facilita la práctica de la espiritualidad, ya que toda la vida humana necesita apoyo social. En concreto, la religión sirve también para satisfacer, de un modo aceptable, otras tendencias que en sí pueden no ser enteramente sanas u honradas. Por ejemplo, la religión proporciona un refugio para la timidez, o un desahogo para la agresividad, o una meta para la ambición. Hay siempre el peligro de que la religión llegue a ser un pretexto para un egoísmo totalmente opuesto a la dinámica de la espiritualidad. Así, el espíritu queda sofocado, en vez de protegido por la religión.

Muchas veces Jesús llama la atención de sus discípulos sobre este peligro, no sólo en su predicación, sino también en todo su comportamiento: «El sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado» (Mc 2,27). Él siempre cumplió sus deberes religiosos, pero jamás comprometió su libertad de espíritu. En cambio, parece que los apóstoles y sus sucesores interpretaron la doctrina de su maestro según el modelo triangular sólo porque no conocían ningún otro, y que hoy se podría —más aún: se debería— pen-

sar en otras alternativas.

La grave crisis religiosa del Occidente y de todo el mundo no es en primer lugar un problema moral, sino espiritual. Por eso se multiplican las sectas y tanta gente viene a la India. Sí que hay un serio aspecto moral, como también intelectual y afectivo. Pero insistir continuamente en uno u otro lado del triángulo, en credo-código-culto, no hace más que empeorar la situación, si no se cultiva una auténtica espiritualidad.

4. *¿Qué dice la psicología?* Es interesante advertir que la psicología —tan en boga hoy— apoya la auténtica espiritualidad, mostrando que nuestro ser último, el verdadero yo, no llega a la plena maduración y percepción humana sino por una apertura hacia afuera mediante relaciones positivas con otros.

Estar metido en el mismo querer y apoderarse de todo es la característica de un niño que no ha descubierto todavía su propia identidad y la verdadera libertad. Tristemente, hay muchísimos adultos que manifiestan esta tendencia adquisitiva, típica del animal racional. Resulta que el paradigma del trato social es la concurrencia o rivalidad, la competitividad cada vez más endurecida, con sus desastrosas consecuencias. No basta insistir en los derechos humanos. El único remedio es volver al ideal del hombre trazado por Jesús y desarrollado por Pablo: el hombre espiritual. Pero el Occidente ha excluido el espíritu de su cultura y ni siquiera el

cristianismo parece tener los recursos para recobrarlo.

El Cristianismo debe volver al mensaje original de Jesús. La experiencia mística no es más que la plenitud de la vida del espíritu. De ahí la importancia de la espiritualidad. La cuestión es si el cristianismo está dispuesto a una profunda transformación, no de su ser, sino de su modo de ser.

Es aquí donde las religiones orientales podrían hacer su aportación. Pues ellas han cultivado siempre la dimensión trascendental de la vida humana. Incluso en el hinduismo existe una tradición muy parecida a la espiritualidad paulina. Pero también esas religiones están en crisis, a causa de su propia situación local y de los problemas más universales generados por la modernidad. Por esto, ellas necesitan igualmente de ayuda, que el cristianismo les podría prestar, si se ajustase más exactamente al mensaje original de Jesús.

Conclusión

Creo que estamos en disposición de responder a la pregunta que hemos planteado: el cristianismo de Jesús sintoniza con las grandes religiones orientales y, por consiguiente, hay en Oriente lugar para él. Los cristianos que vivimos en países orientales, como la India, vemos la posibilidad y sentimos la urgencia de una colaboración fraterna, que ha de redundar en provecho mutuo y en bien de toda la humanidad.

Se ha dicho que, a nivel místico, todas las religiones se encuen-

tran. Como la experiencia mística no es más que la plenitud de la vida del espíritu, constatamos de nuevo la importancia de la espiritualidad.

La cuestión clave radica en si el cristianismo está dispuesto a una profunda transformación, no de su ser, sino de su modo de ser. No me toca a mí responder a esta pregunta. Me basta recordar las palabras pronunciadas por Pablo VI en su exhortación *Evangelii nuntiandi*, en la que lanza un nuevo reto, invitando a la Iglesia a una genuina conversión e indicando

el verdadero sentido de la nueva evangelización que hay que llevar a cabo en los albores del siglo XXI:

«La Iglesia tiene siempre necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su fervor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II ha recordado y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar este tema de la Iglesia que se evangeliza a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de manera creíble».

Condensó: XAVIER MELLONI

El evangelizador y los miembros de la cultura que se quiere evangelizar (miembros tanto en la cultura propia del evangelizador como en la cultura ajena) se aproximan y se van conociendo cada vez mejor. Esta interacción, que debe ser dialogal y que ya forma parte del proceso evangelizador, revela a cada uno la identidad de las respectivas culturas, capta la respectiva alteridad, sus características y diversidades, su afinidad con los valores evangélicos y, también, los límites humanos e institucionales, las contradicciones, desvíos y perversiones de cada cultura. Incluye, sobre todo, la presencia del Espíritu en cada ser y grupo humano, forma íntima y trascendental de presencia activa de la Palabra de Dios, anterior a cualquier palabra humana evangelizadora.

La inculturación, por lo tanto, es al mismo tiempo *un camino de discernimiento cultural y espiritual y un proceso de conocimiento pedagógico de la cultura como vehículo real o potencial de la fe*. Entre evangelizados y evangelizadores (persona o comunidad apostólica) se establece, de alguna forma, una evangelización mutua. Al darse cuenta de su propia cultura, vista ahora desde la fe, el evangelizador la redescubre como portadora del Evangelio, pero nunca como forma exclusiva o privilegiada de proponerlo o de vivirlo. En su alteridad, la otra cultura, la que se está evangelizando, revela al evangelizador cómo se puede vivir la propia fe de un modo diferente y nuevo. Esta relación teológicamente intercultural es una experiencia y una etapa indispensable de toda evangelización inculturada.

M. AZEVEDO, *Cristianismo, una experiencia multicultural. ¿Cómo vivir y anunciar la fe cristiana en las diferentes culturas?*, Didascalia 49 (1995) 34.